



**Teresa
Viedma
Jurado**

Querido amigo:

No sé muy bien por qué te escribo, quizás sea porque, aunque no sé si te quiero, creo que necesito quererte. Me pregunto para qué lo hago, qué consigo con mis cartas. Espero que a tí te hagan bien, te animen, te acompañen. A mí, las tuyas, aparte de breves y espaciadas en el tiempo, solo consiguen hacerme creer que en tu vida no queda sitio para mí.

Hoy he pedido el día libre y aquí estoy, montada en mi coche, escribiéndote esta carta, con el pelo arreglado, maquillada y nerviosa porque no sé si la suerte o el destino me permitirán verte salir de ese edificio frío y gris en el que vives encerrado y que al verme, tu esmerada educación hará que te acerques a mí con la sorpresa escrita en la cara. ¿Te alegrarías?.

¡uff, qué frío hace! Tengo el motor arrancado y la música puesta. De vez en cuando miro ingenua hacia la puerta por donde se supone tienes que salir algún día. Y todo porque anoche soñé que recibía una carta tuya en la que me anunciabas que te concedían el "tercer grado".

Bajo la ventanilla, llueve con fuerza y apenas puedo distinguir si alguien se acerca. Maldigo mi suerte. Los cristales se empañan y echo la cabeza hacia atrás, en el reposa cabezas, imaginando que te acercas y me besas. Miro tu foto en el móvil, no estoy segura de reconocer tu cara. De repente siento una fuerte presión en el pecho. Acaban de abrir la puerta y un hombre sale subiéndose el cuello del abrigo, una bufanda le cubre el rostro casi por completo. Mira al cielo, abre el paraguas y enfila calle abajo. Tiro mi cuaderno al asiento del copiloto, abro la puerta y salgo

apresurada a la calle. La emoción me hace olvidar que llueve y no cojo el paraguas sino que me lanzo a correr tras esa figura varonil y querida. Llego hasta ella sonriente, con el cabello chorreando y mis botas de ante verde de "Prada" empapadas hasta los tobillos. Te giras y...no te giras, no eres tú. Tu sustituto me sonríe.

- No llevo suelto, me dice.

Por un momento no entiendo nada y lo miro extasiada.

-¿Qué dices?

-Ah! Perdón, creía que me pedías...Disculpa, ¿me has confundido con alguien?

-Sí, lo siento.

Me doy la vuelta avergonzada, ha creído que le estaba pidiendo una limosna. ¿Es tonto?, ¿no ha visto mis botas de Prada?.

Vuelvo al coche. Me miro en el espejo retrovisor. ¡Díos, estoy loca! He salido sin paraguas ni abrigo y me he puesto como una sopa. He corrido detrás de un señor confundiénolo contigo, no es de extrañar que creyera que estaba mal de la cabeza.

Me seco el pelo con la bufanda e intento seguir escribiéndote pero no puedo concentrarme. ¿Qué me pasa?, ¿qué estoy haciendo mal? Lo he intentado todo por acercarme a tí, por formar parte de tu vida. He estado dispuesta a esperarte hasta que salgas de esa prisión de la que ni siquiera conozco el nombre.

Cuando te conocí no sabía que, al marcharte de mi lado, volverías a tu prisión. Jamás lo habría imaginado, no tenías cara de delincuente, al contrario, parecías un triunfador: elegante, amable, dulce, culto... Ni yo misma podía creer en mi suerte. En solo tres días me hiciste soñar con una nueva vida, una gran familia y un exceso de felicidad casi prohibitivo.

Pero ahora lo sé. Vives encerrado entre esas cuatro paredes. ¿Por qué siempre me habré de fijar en hombres complicados? ¡Maldito karma!.

Quise ir a verte los días de visita pero me esquivaste, te negaste aún sin palabras. Te habría llevado tabaco, aunque creo que no fumas, quizás unas revistas o unos cuantos pares de calcetines de buena lana de Shetland... ¡Qué maravilloso

hubiera sido! Tú y yo juntos, al menos un ratito. Tú confiando en mí, comiendo mis pasteles, cogiendo mis regalos... Tan solo de imaginarlo me siento feliz. Pero no lo hice y ahora no sé cómo romper esos barrotes de hierro que me separan de tí.

¿Por qué estás encerrado? No te imagino robando, ni mucho menos matando a nadie. Me gustaría saber al menos tu delito, tu pecado o como lo quieras llamar. Quizás, así, no insistiría tanto en amarte y esperarte. Tampoco conozco tu condena, jamás me has dicho cuánto tiempo durará tu falta de libertad y, que yo sepa, todas las penas tienen fecha de caducidad.

¿Desde cuándo estás recluso?, ¿cuánto te queda?, ¿por qué, a veces, te cambian de prisión?, ¿por qué tus amigos pueden ir a verte y yo no?.

Pero, me da vergüenza. ¿Cómo voy a preguntarte esas cosas?

Aquí sentada, vigilando tus pasos, me doy cuenta de cuánto me duele tu frialdad, tu falta de confianza. Las pocas veces que arranco de tí unas letras, dices que me quieres y mi corazón sonríe al leerlas esperando ilusionado las siguientes que me acerquen a tí. Pero pasa el tiempo y no vuelves a decir nada. Vas de una cárcel a otra, pasas junto a mí sin mirarme, no agítas la mano para saludarme, no veo tristeza en tus ojos, no gritas diciendo que dentro de poco estarás conmigo...

¿Qué sucedió?, ¿por qué vives preso sin querer salir de tu celda?

Solo trabajas y estudias. En principio pensé que lo hacías para reducir condena pero ahora sé que lo haces solo y

exclusivamente para apartarte del mundo,
de mí.

Entonces ¿qué hago aquí?, ¿por qué
miro casi indecentemente por la
ventanilla, a través de la fría lluvia,
buscando un amor que no sé si existe, si
tan siquiera quiere existir?

Quizás sea por esa última carta tuya.
En ella me explicabas, con todo lujo de
detalles, el funcionamiento de la máquina
de planchado. Allí, en esa sala, coges las
camisas y las planchas cuidadosamente,
pero ese día un tornillo se soltó y tú, rauda
y veloz, con tu mente mecánica, la
desarmaste, limpiaste y volviste a armar.
Me lo explicaste como un libro de
instrucciones. Toda una disertación
científica al respecto.

Me asusté, pensé que si no estabas loco

tardarías poco en estarlo y, como aunque no sé el nombre del trullo, sí conozco la ubicación, he venido hasta tu puerta para intentar entender esa vida tuya, que sana y libre de vicios, permanece inalterable.

Pero no sales y yo, que sí fumo, ya llevo medio paquete de tabaco en esta espera. Hace frío y el coche sigue arrancado con la calefacción encendida. Pienso en irme. No tengo ni idea de lo que cuesta una máquina de planchado, pero lo que sí sé es el gasoil vale una pasta.

¿Qué hago?, ¿sigo vigilando tu celda o me vuelvo por donde he venido?.

De nuevo me miro al espejo. Me veo atractiva, guapa, digna de tí. Y entonces ¿qué es lo que te pasa?, ¿por qué no solícitas el tercer grado y vienes a vivir conmigo para soñar juntos una vida mejor?.

Vuelvo a coger el cuaderno. Mucho me temo que esta carta esté llegando a su fin. Me gustaría haberla terminado diciéndote que me has visto y vienes hacia mí, que mi sonrisa crónica no aguanta más y rompe en una risa nerviosa de puro amor hacia tí. Pero no sucede. Quizás irme sea lo mejor porque me permitiría seguir soñando con esa carta del tercer grado, una nueva libertad, un inicio del perdón, un tiempo para soñar con un futuro diferente donde el amor sí tenga cabida.

Me rindo, voy a dejar de escribir y me voy a ir. Sé que tu amor es triste, vacío, imposible.

No sé la fecha ni la hora de tu tercer grado, no sé el delito que te causó este encierro ni los remordimientos que te provoca. No sé nada y, ¿sabes por qué? Porque nunca me lo has dicho, igual que

nunca he sabido el nombre de esa cárcel en la que te encuentras y que te permite tratar con otras personas distintas a mí.

He leído todo sobre las prisiones: reglas, horarios, comidas, costumbres, patio, estudio, lavandería y planchado.... Cuando pienso en tí te imagino entre esas cuatro paredes, mirando al infinito con tus profundos ojos azules a través de esa pequeña ventana con rejas, quizás pensando en mí, ¿o solo en tu suerte?

Antes de irme, ¿hay algo que pueda hacer por tí?

Sí al menos me dijeras cuando sales, podría correr a tu encuentro. Sí quisieras verme los días de visita quizás lograra pasarte una lima en un pastel de manzanas. Solo quiero hacer algo, participar de tu vida, de tus miserias y

preocupaciones, de tus ilusiones.

Pero al no dejarme entrar en tu prisión, temo entrar en la mía, que mi corazón se endurezca y se seque, que se abra una distancia infinita entre el mundo y mi alma, que mis labios dejen de sonreír y mi coraza se haga más sólida y que, al llegar a casa, ya no vea los colores cálidos de antaño ni sueñe con tu rostro sino que vea unas rejas frente a mi cara, mi prisión, y ni yo misma ni nadie pueda saber jamás cuánto durará mi condena, ni si alguna vez obtendré el tercer grado.

Estos pensamientos me asustan y salgo volando de vuelta a casa. Necesito a mis amigos, a los de verdad, los que me regañan por desperdiciar mi vida de esta manera. He perdido el tiempo viniendo a buscarte, me llevo de vuelta el pastel con la lima dentro, quizás la necesite para

romper mis barrotes. Sonríó; ya sé el nombre de esa cárcel, no es otro que el tuyo propio.

¡Qué pena!

Adiós amor mío, ahora sé que he intentado quererte para ser feliz, pero tengo la certeza de que, desde tu encierro, a tí te resultará imposible. Parece que me voy, que te olvidaré, pero ya me conoces, soy incansable. Me retoco el brillo de labios, miro mis preciosas botas de Prada y pienso:

¡Sí al menos te concedieras el tercer grado!!!!

Teresa Viedma Jurado